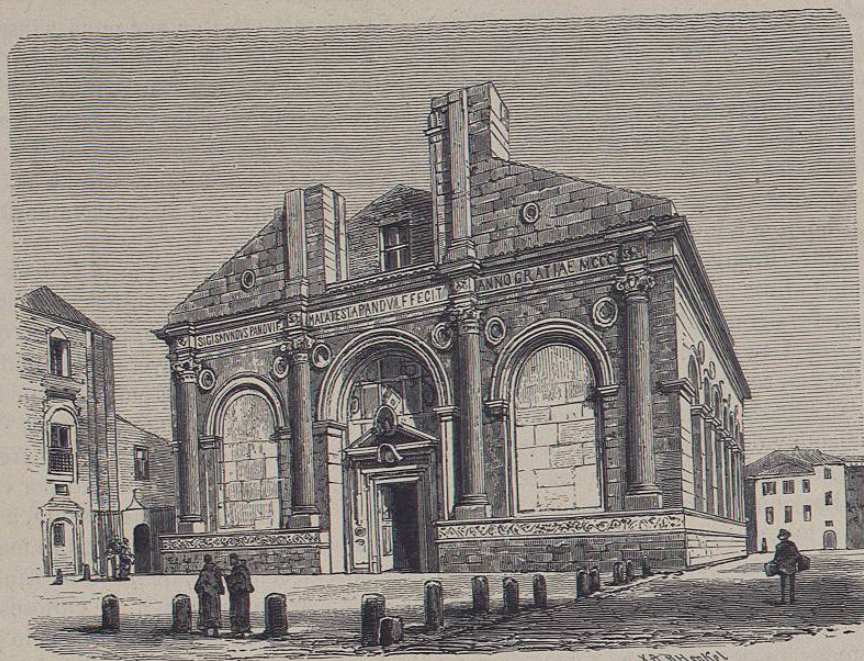


ceptos. Cuando habia menos libros, y menos argumentaciones y disputas, creció la fe mas lozana que ahora.» La misma distancia y oposicion al espíritu del Renacimiento resaltan en todos sus demás principios y tendencias, porque queria la sumision completa del individuo al poder de la Iglesia, mientras el espíritu del Renacimiento tendia al desarrollo de las inclinaciones y fuerzas individuales; Savonarola queria que el gobierno civil, los Estados y colectividades políticas se gobernasen conforme á los dogmas de la Iglesia, mientras el movimiento moderno imponia otros principios segun las exigencias y condiciones de las circunstancias; Savonarola pedia una moralidad adaptada estrictamente á los preceptos de la Iglesia, y la nueva era queria apropiarse, además de la moral cristiana, los sentimientos más nobles de la antigüedad, aunque pugnaban alguna que otra vez con aquella.



La iglesia de San Francisco en Rimini

y detertulias alegres y graves, y aquel, organizador del célebre auto de fe del día de carnaval del año 1497, en que hizo llevar y amontonar en la plaza pública, por niños y grandes, toda clase de libros y de objetos de arte, imágenes, adornos, y los quemó en medio de los cantos alegres de los niños. El principio de Savonarola era: «La fe todo lo hace y lo vence todo; ella hace despreciar la vida terrestre porque sabe que le aguarda la celestial. El verdadero cristiano no teme la muerte, sino que la desea.» Lorenzo de Médicis, en cambio, era, como ya sabemos, todo lo contrario. Lo sobrehumano é inhumano de los principios de Savonarola cautivan, arrebatan y elevan, sí, pero transitoriamente, mientras la participacion en todo lo que es bello, bueno y verdadero, aunque todo sea transitorio, atrae y vivifica el espíritu del hombre, y con razon escribió Lorenzo en una cancion carnavalesca: «¡Qué hermosa es la juventud y qué presto huye! El que quiera alegrarse que se alegre, porque el día de mañana quizás no sea nuestro.»

CAPITULO XI

URBINO

Después de Florencia y de Lorenzo de Médicis, merecen nuestra atencion Urbino y Federico de Montefeltro.

«Como un águila,—dice de este último un historiador moderno,—elevóse por encima de todos los miembros de su fa-

Savonarola queria ver la mujer sometida al hombre é inferior á él, limitada á sus funciones propiamente mujeriles; mientras el espíritu moderno tendia á emancipar á la mujer, á celebrarla en poesías y hacerla partícipe y colaboradora de las artes y de las letras. También queria ver Savonarola al hombre limitado á la gleba que le vió nacer, á su lugar ó patria reducida, y la era nueva conducia al cosmopolitismo, á ensanchar todos los horizontes y á derribar las vallas trazadas por el hombre; es decir, que Savonarola aspiraba á todo lo que reducía el campo de la inteligencia y de la accion del hombre, cuando el genio del Renacimiento tendia á la completa libertad del pensamiento, de la palabra y del individuo.

El contraste entre las dos tendencias se personifica en sus dos prohombres, Savonarola y Lorenzo de Médicis; este, hombre vividor y amigo de fiestas, de artes, de honesto solaz

milia.» Su hermanastro Odon Antonio, único hijo del matrimonio legítimo del duque Guido, habia sido asesinado por el pueblo, habiendo gobernado un año apenas. El pueblo tenia deseos de constituirse en república, pero temiendo que esta forma de gobierno no tuviera fuerza bastante para defender al país contra sus vecinos, Segismundo Malatesta y el terrible Piccinino, que lo tenían en continua zozobra, prefirió elegir para soberano á Federico, hijo natural del duque penúltimo, pero legitimado por una bula del papa. Antes, sin embargo, de permitirle que pusiera el pié en el ducado y en la capital, lo cual hizo en 23 de julio de 1444, le hizo firmar y jurar una capitulacion de veintinueve artículos, en los cuales se obligó á olvidar todo lo pasado, á conservar los antiguos privilegios y fueros, á dejar elegir por el pueblo los priores (presidentes de sala de los tribunales) y darles una casa nueva; á rebajar los impuestos y no eximir á nadie de ellos, á invertir una tercera parte de los ingresos en la fortificacion y embellecimiento de la ciudad, á elegir á los comandantes militares de entre los ciudadanos, á nombrar dos médicos municipales con la obligacion de asistir gratis á los enfermos, y á llamar é instalar á un maestro de escuela, con ayudante idóneo y práctico.

Quando Federico tomó las riendas del gobierno tenia veintidos años. Habia sido su maestro el eminente Victorino de Feltre, el cual previó que su discípulo seria un hombre célebre; y trató de aquietar su impaciente orgullo juvenil con las pala-



Palacio de los Duques, en Urbino

bras: *Tu quoque Caesar eris*, y en cierto modo devolvió en él á su ciudad patria lo que al partir de ella se había llevado. Federico había sido enviado muy joven á Venecia en calidad de rehen, y devuelto ya á su familia se había distinguido en la guerra y aun había tenido la suerte de salvar la vida á su padre. Este le casó cuando todavía no tenía cumplidos quince años, con Gentil Brancaloni, mujer riquísima pero fea y estéril, que no viéndose madre ni amada de su esposo, se retiró á un convento, donde murió. Veintidos años despues, en 1459, el duque Federico contrajo nuevas nupcias con Bautista, hija de Alejandro Esforcia y Constancia Vasano, que á la sazón apenas salía de la infancia pero que mas adelante dió á su esposo varios hijos. Sin embargo, Federico ya había tenido hijos ilegítimos en vida de su primera mujer, y los había reconocido y legitimado, porque como no consideraba su ilegitimidad como mancha ni deshonra, no quiso tampoco avergonzarse de sus hijos, fruto de un amor prohibido. Estas cosas eran entonces comunes en todos los países y no le perjudicaron lo mas mínimo á los ojos

de los ciudadanos de Urbino, muy satisfechos de haber encontrado en él un modelo de soberanos, conforme se ve en los discursos altisonantes y llenos de alabanzas que publicó Dati á raíz de la solemne entrada de Federico en su capital, poniéndole ya el primer día mas alto que todos los soberanos y grandes capitanes de aquella época. Verdad es que para merecer tales alabanzas é incienso bastaba entonces ser príncipe soberano, y si alguien quería saber mas, se le señalaban los hechos de armas y la erudición, cosas ambas innegables, del joven duque.

Federico de Urbino era guerrero y había hecho su aprendizaje en la escuela de dos maestros notables, Francisco Esforcia, el general á quien sus contemporáneos llamaban otro Fabio Cunctator por su gran prevision y cálculo, y Jacobo Piccinino, llamado otro Escipion por sus aduladores, pero que en realidad era un jefe de banda afortunado, arrojado, impetuoso y confiado siempre en su fortuna. De cada uno había aprendido Federico lo mejor; sabía mandar un ejército y combatir en primera línea espada en mano, le gustaba



Isola degli Atti.

Medalla modelada y fundida en 1446 por Mateo de Pasti, natural de Verona. El elefante en el reverso era el símbolo de Segismundo Malatesta. La medalla se encuentra en el museo numismático real de Berlin y su tamaño es dos quintas partes mas grande que el grabado

retar y ser retado á combate singular, siempre pronto á recoger el guante que le arrojara el enemigo, y con su valor personal pudo restablecer batallas que ya estaban perdidas, deteniendo y haciendo volver contra el enemigo á los que huían. Quería á sus soldados y procuró solícitamente por su bienestar en su ducado en tiempo de paz, pero mejor cuando podía hacerlos vivir en territorio enemigo. A menudo le llevaba esta solicitud mucho mas allá de lo justo, como cuando escribió á un acreedor de uno de sus guerreros, que le había presentado una reclamación: «Con vuestras instancias de cobrar en estos momentos, no parece sino que buscais una buena tunda, cuando no ser muerto á palos.» Si le gustaba la guerra cuerpo á cuerpo, al estilo antiguo, no dejó por eso de aprovecharse de los medios de destrucción modernos, como la artillería, pues en una carta pidió á Sena un buen maestro artillero.

Muchas guerras hizo como jefe mercenario, contratándose con su contingente ora al servicio de Francisco Esforcia, ora al del papa Pio II, que le protegía mucho, despues que Eugenio IV le había excomulgado y que Nicolás V había levantado la excomunion; ora, finalmente, al del rey Fernando de Nápoles en la guerra contra sus barones rebeldes.

Otro partidario noble de esta especie, pero mas feroz, mas sanguinario é informal, era Segismundo Malatesta, señor de Rímimi, el soberano mas bestial, fiero y desleal que ha visto el mundo. Traidor y falso, no perdonaba ni á aquellos á quienes él mismo había auxiliado, y así fué perdiendo la paga, la alianza y amistad de las únicas personas que habrían

tenido motivo para mostrarse agradecidas y serle útiles. Era zorro y leon, arrojado, valiente, hábil, astuto y en muchas de sus empresas fué feliz, aunque no siempre, á pesar de que algunas de sus monedas ostentan la leyenda: «Sitiador de ciudades y general invicto.» Reunía las cualidades que, según Maquiavelo, son indispensables para fundar una dinastía, y efectivamente, hubo momentos en que su poderío fué grande; pero despues de haber sido durante veinte años el terror de muchos príncipes y papas, se quedó tan aislado que el pacífico papa Pio II pudo reducir todo su territorio á la ciudad de Rímimi y aun dejarle esta única plaza bajo la condicion de pagarle un tributo.

Malatesta fué un criminal consumado que no retrocedió ante ninguna maldad; mató por celos ó repudió ciego de furor, á tres esposas que tuvo, hijas de las casas mas distinguidas, como las de Este y de Esforcia, lo cual pretendió justificar en su epitafio desvergonzado: «Todo el mundo vé los cuernos que llevo, pero los llevo de manera que nadie los cree verdaderos.» Abusó de su hija y la hizo madre, y quiso abusar igualmente de su hijo, lo cual dará una idea de lo que hizo fuera de la familia. En Italia nadie dudaba que llamaría á los turcos para que se apoderasen de la península y todo el mundo estaba muy conforme con el rótulo que el papa hizo escribir debajo del retrato de aquella bestia feroz, destinado á ser quemado públicamente por el verdugo á falta del original, y que decía: «Este es Segismundo Malatesta, hijo de Pandulfo, jefe de traidores, enemigo de Dios y de los hombres, condenado por sentencia del Sacro Colegio á morir en la hoguera.»

Efectivamente, era Malatesta un ateo, que si en algo creía era en ensueños y apariciones de espíritus. Cuando supo que le habían quemado en efigie y excomulgado, preguntó riendo si á los excomulgados les sabían bien los manjares finos y los buenos vinos. Siempre se había mofado de las ceremonias del culto y entre sus mil fechorías figuraba la de haber reemplazado una vez el agua bendita, en la pila de una iglesia, con tinta, para que los devotos se embadurnasen la cara sin saberlo. Pues bien, este mismo hombre hizo construir, desde 1445 hasta 1450, la magnífica iglesia dedicada á San Francisco en Rímíni, bien que la profanó en cierta manera colocando dentro un panteón dedicado á su querida, la inteligente y bella Isolda de Atti, con la inscripción: *Diva Isotte sacrum*, quizás con la intención de hacer venerar á esta mujer y á sí propio como á santos. En cambio de esta ofensa á la religión, regaló á la misma iglesia un gran cuadro que representaba á su patron San Segismundo de Borgoña, delante del cual estaba él mismo retratado en posición devota y con la expresión estática y transfigurada. Cuando ya se vio reducido á Rímíni, hizo una campaña al servicio de la república de Venecia contra los turcos, en Morea, él, que antes, en su soberbia, había imaginado tal vez entregar la Italia á los infieles. Para acabar de pintar los contrastes que ofrecía á cada paso aquella sociedad, diremos que el mismo papa que había excomulgado á esta fiera dijo que «era un hombre instruido en historia, que estaba muy versado en filosofía y que parecía haber nacido para todo cuanto emprendía.»

En efecto, era Malatesta persona instruida y casi docta. En sus campañas era infatigable; jamás estaba ocioso, y apenas concluida una empresa emprendía otra; todo lo ordenaba y no sufría la menor contradicción; pero cuando no estaba ocupado en la guerra escuchaba tranquilamente las polémicas de los hombres doctos y admitía igualmente contradicciones, bien que le recreaba cuando los tales sabios se calentaban en la discusión hasta atacarse mutuamente entre sí con expresiones violentas. Con el auxilio de estos hombres, dice Valturio, sacó Malatesta «de los abismos más recónditos de la filosofía» las formas alegóricas de las ideas que hizo representar en los cuadros con que adornó su iglesia. Otra prueba «del amor inmenso que profesaba á los sabios» dió en 1465, llevando como botín precioso de la campaña contra los turcos en Morea, los restos mortales de Gemisto Pletón, que por su orden fueron sepultados en su iglesia de Rímíni. Igual honor había tributado diez y seis años antes á Justo Conti, que había muerto en 1449, poeta lírico que en sonetos armoniosísimos, llenos de sentimientos delicados, cantó una beladad tirana ó que no podía corresponder al amor del poeta por obstáculos materiales.

Este tributo con que Malatesta honró la memoria de ambos genios era completamente desinteresado y espontáneo, bien que fué inspirado por la institución más singular que, fuera de él, no había ocurrido fundar hasta entonces á ningún otro príncipe, á saber: la corte de filólogos de que se rodeó. Los individuos de esta especie de academia tenían por supuesto la obligación tácita de cantar sus alabanzas y las de su Isolda, en cambio de lo cual recibían sueldo fijo, regalos extraordinarios, destinos elevados, y después de su muerte eran depositados sus restos mortales en la iglesia citada, cerca del sepulcro de su «santa Isolda.» De este singular Parnaso se ha conservado una colección de poesías, impresa en París en el año 1559 con el título de: *Trium poetarum opuscula*. Tres son en efecto los poetas, ó mejor dicho, versificadores que figuran en esta colección. El uno era Porcellio, que durante casi toda su vida anduvo vagando por todas las cortes donde conseguía ser admitido; hombre

adulador, venal é inmoral en sus escritos como en su vida privada. En 1434 el papa Eugenio IV le mandó prender, y después, entre 1450 y 1460, cantó en lastimosos exámetros la guerra entre Francisco Esforcia y Piccinino. El segundo autor de la colección es Basinio, natural de Parma, que vivió desde 1425 hasta 1452, discípulo aprovechado de Victorino de Feltre, escritor laborioso, amante y cultivador de la lengua y literatura griegas, y además hombre modesto, que bien merecía la protección que en la corte filológica de Malatesta había encontrado, á pesar de las burlas que hacía de los pobres diablitos que vagaban por Rímíni sin tener la suerte de calentarse al sol del favor del príncipe. El tercer poeta era Trebanio, del cual nada sabía la posteridad á no ser por esta colección de versos.

Estos tres poetas, y otros que no obstante vivir en diferentes ciudades de Italia cantaban las glorias de tan singular pareja amorosa, estaban persuadidos, como la mayor parte de los poetas de aquella época, de que eran ellos los que con sus poesías daban celebridad á los príncipes. Uno de los poetas que también cantó lejos de Rímíni á los dos amantes Malatesta é Isolda, fué Tito Vespasiano Strozzi. Otro, dirigiéndose á Malatesta, le dijo: «Tu nombre crecerá con mis versos, como el chopo elevado con el agua;» y otro dijo á Isolda: «Mi canto te hará inmortal.» No faltó adulador que llamó á Malatesta el dios de los poetas y á Isolda «la elegida de Júpiter.» En sus versos dice: «Esta elección puso á todo el Olimpo en movimiento; agitáronse los dioses, se escriben cartas y envían exploradores entre los mortales, porque la virtud de Isolda se opone al honor que Júpiter la ofrece; y á fuerza de trabajo consiguen que el dios del rayo deje con su amante á la bella mortal, digna de la inmortalidad, y se contenta con contemplarla desde lejos con admiración puramente estética. Los dioses, satisfechos, consagran el amor de los dos amantes dichosos, y para no ser menos, los poetas ensalzan á su vez este amor y la fidelidad de los dos amantes, que saben resistir á todas las seducciones. Isolda es un dechado de castidad, y Segismundo, el héroe invencible sin cuyo fuerte brazo los bárbaros se harían dueños de la Italia, debe ser aclamado por los italianos como soberano de todo el país.»

Así cantaban los poetas, y á sus homenajes añadían los artistas los suyos, porque ningún otro personaje notable de Italia, en aquella época, fué tan honrado con medallas acuñadas en su obsequio como esta pareja singular, y no por encargo sino por impulso libre. Una de estas medallas, que representa el grabado anterior, lleva la leyenda, alrededor del busto de Isolda: *Isote ariminensi forma et virtute Italia decori*, (Isolda de Rímíni, por su belleza y virtud, adorno de Italia), y por este estilo son las otras.

Demasiado se comprende que hasta los monstruos humanos, como Malatesta, encuentren poetas venales que canten las virtudes que no tienen y los ensalcen por encima de todos los mortales; pero lo que no se comprende es que Malatesta, uno de los seres más despreciables é indignos de su siglo, pudiera atraerse también y ligar á su persona á varones que se contaban y se cuentan entre los más nobles que honran al mismo siglo. Valturio, sin llegar á tanto, era persona dignísima, y sin embargo sirvió á este soberano inicuo de ingeniero militar; formaba los planes de batalla, y fué en general el verdadero organizador y director de la fuerza armada de Malatesta, según se lee en la descripción que Porcellio hace de su corte, porque esto deben significar las expresiones *leges y jura militie*. Todavía es más singular que Leon B. Alberti aguantara cinco años en esta corte, siendo Alberti genio poderoso y hombre de raza enérgica, que habría roto todo trato y lazo de unión, sin consideraciones á

nada ni á nadie, si no hubiese querido vivir allí. La permanencia de este hombre en Rímíni, y cerca de un monstruo siniestro como Segismundo, arroja cierto resplandor sobre aquella tenebrosa corte, así como la constancia del amor de Segismundo á Isolda, á pesar de su aparato teatral, da á la bestia feroz un aspecto algo humano.

Federico de Urbino y Malatesta eran enemigos mortales. Ya en la primera batalla en que el joven Federico combatió á las órdenes de su padre, fué su contrario un Malatesta, y al cabo de veinte años estuvieron todavía frente á frente los mismos adversarios. Durante tan largo período de guerra ocurrieron muchas peripecias interesantes entre ambos. Varias veces se retaron á combate singular para decidir de una vez la cuestión pendiente de quién sería el vencedor y quién el vencido, y con ello la suerte de los dos territorios y respectivas fuerzas armadas; y como estos duelos no llegaron á verificarse, echáronse la culpa uno á otro, excusándose el desafiado con que el otro le había retado en circunstancias en que le había sido imposible aceptar y cumplir con el reto, ya porque se hallaba á la sazón comprometido en otra parte, ya porque le estaba vedado el terreno donde el combate debía tener efecto. Dos veces entabláronse entre ambos negociaciones de paz; la una por mediación de Borsio, de Ferrara, que creyendo hacer más eficaz su tarea de conciliación y pacificación, quiso que tuviesen los dos enemigos una entrevista en su presencia; pero solo consiguió que los dos se vilipendiaran, insultándose con improprios «por demás deshonestos,» y que el cronista que lo refiere se calla «por respeto á sus elevadas señorías.» La segunda tentativa de pacificación se debió al papa Pío II, que consiguió que los dos contrarios se dieran las manos y se abrazaran; pero esta reconciliación no duró más que el tiempo de la entrevista; el odio continuó inextinguible y la lucha siguió con más ardor que nunca, en ventaja del de Urbino, que arrebató á su contrario una posesión tras otra, y finalmente le acosó de tal suerte que Segismundo propuso un arreglo, diciendo á su adversario que continuando así ambos se arruinarían, él acabaría por solicitar por favor una plaza de cocinero del papa, y Federico no tardaría en tener que hacerse arriero para vivir. El arreglo propuesto consistía en que Roberto, el hijo de Malatesta, se casara con una hija del duque de Urbino. Este último, sin embargo, rechazó la proposición, y continuó por todos los medios posibles, legales é ilegales, la guerra, con grandísimo perjuicio de su contrario, al cual arrebató una de sus mejores ciudades falsificando la firma de Malatesta.

Todas estas guerras aumentaron la fama y el territorio de Federico, mientras el botín recogido en tierra enemiga le permitió disminuir las cargas que pesaban sobre sus súbditos, que habían mostrado repetidas veces su descontento por tener que contribuir á tantas guerras con su sangre y hacienda, de suerte que, en lugar de aumentar, se había ido disminuyendo su número.

Este Federico de Urbino, ensalzado por sus parciales como el capitán más famoso del siglo, pasó también, y con razón, por uno de sus varones más doctos y por protector inteligente de las letras y de las artes. Como testimonio de su poder, determinó construir para sí y su corte un nuevo palacio, que fué una maravilla para los italianos, tanto que citaron como sus arquitectos á los célebres Brunellesi y Alberti, que entonces ya no eran de este mundo. En realidad pertenece el honor al arquitecto Luciano, natural de Lausana, en Iliria, á quien Federico de Urbino había llamado en 1468 «para construir una morada hermosa y digna de nuestra posición y de la fama de nuestros antepasados,» como dice la carta original. Como auxiliar, prestó, por algunos

años, la ciudad de Sena al duque su arquitecto municipal é inspector de obras, Francisco de Giorgio, y como tercero se cita á Baccio Pintelli, de Florencia, porque en su epitafio se le llama arquitecto de este palacio. Antes de concluido fué ya este palacio la admiración de todo el mundo, tanto que muchos príncipes, como por ejemplo Lorenzo de Médici, el Magnífico, solicitaron copias de la obra, y Federico de Urbino se apresuró á enviárselas. Dos inscripciones latinas, que el duque hizo poner en la fachada, dicen: «Federico, duque de Urbino, gonfalonero de la Santa Iglesia Romana y señor de la Liga italiana, construyó esta casa desde los cien años, para gloria suya y de sus descendientes.» «Sostuvo combates singulares, conquistó seis banderas, derrotó muchas veces á sus enemigos, salió vencedor en todas las batallas, aumentó su territorio y embelleció y engrandeció sus victorias con su justicia, bondad, liberalidad, devoción y demás virtudes que practicó en la paz.»

Hoy está abandonado este palacio, cuya escalinata se encuentra adornada desde 1606 con la estatua del duque.

Federico redactó, en un documento que todavía existe, el reglamento ú ordenanzas que debían observarse en su corte, compuesta de 500 personas, entre las cuales había nada menos que 45 condes del ducado y de otras partes de Italia. El primer artículo de estas ordenanzas impone á todas las personas obediencia absoluta, «porque sin ella, dice, no hay corte ni gobierno posibles.»

Amante de las artes y letras, fué liberal también para los autores que le dedicaron obras ó le alabaron en sus escritos, y á Lazzaro, su maestro de griego, lo colocó en el obispado de Urbino. Tenía fama el duque de gran orador y sabía entusiasmar á las tropas con sus alocuciones antes de entrar en batalla. Los autores griegos y cristianos antiguos le eran conocidos, pero á diferencia de la gran masa de los literatos de su tiempo, prefirió los historiadores y filósofos á los poetas, y entre los filósofos á Aristóteles, cuyas obras, así como las de otros autores griegos, hizo traducir y sacar copias de los originales. Para este fin ocupó constantemente un número regular de escribientes, que le costaron grandes sumas, porque las ocasiones de comprar manuscritos viejos se presentaban solo excepcionalmente y «se habría avergonzado de tener libros impresos,» bien que en todo lo demás utilizaba con diligencia las invenciones modernas. La biblioteca que así reunió tuvo pronto fama de ser una de las más ricas y de las mejor ordenadas, gracias al inteligente Tomás de Sarzano, que después fué el papa Nicolás V, el cual se encargó de la formación del catálogo, imitando los de otras grandes bibliotecas. En esta como en todas las bibliotecas de la época ocupaban el primer puesto los autores latinos, y después de ellos, ordenados por antigüedad, venían los italianos. Todos los escritos dedicados al duque Federico formaban una sección aparte, y con más razón los que se referían á los privilegios, posesiones y derechos de la casa de Montefeltro, que se guardaron naturalmente con las precauciones debidas.

Federico de Urbino era sinceramente religioso y devoto, tanto que el mismo Mahomet le llamaba el «gran cristiano.» Gran observador de los mandamientos de la Iglesia, oía cada mañana misa; en su biblioteca ocupaban un lugar preferente las obras de los padres de la Iglesia, miradas con menosprecio por muchos partidarios fanáticos de los clásicos antiguos; y no contento con leerlas, las estudiaba y comparaba entre sí. También veló por la religiosidad de sus súbditos, y para restablecer la antigua pureza de costumbres de las personas dedicadas á la vida monacal, quiso reformar los conventos, pero en esto se estrelló su actividad. Castigó sin misericordia á los blasfemos y en cambio honró á las personas eclesiás-